

## § IV. SAN CAYO, PAPA (16 de diciembre de 283-22 de abril de 296).

19. Fué elegido papa san Cayo el 16 de diciembre de 283. Una cosa singular y notable ocurre acerca de Cayo. Su familia, de origen dálmata, estaba emparentada bastante de cerca con el que mas tarde fué el emperador Diocleciano, el cual, siendo en su principio esclavo del senador romano Anulino, se divertía en matar á todos los jabalíes del bosque de su amo, porque una druidesa de Tongres le habia prometido la púrpura de *sanguine Apri*. Apenas logró encontrarse con Áper, prefecto del pretorio, le atravesó con su espada exclamando: « Ya he matado al jabali fatal. » La Providencia destinaba á dos miembros de la misma familia á dos soberanías bien diferentes: la una compraba con un asesinato una corona que habia de teñir con sangre de millares de cristianos; y la otra alcanzaba por sus virtudes un trono espiritual que sus antecesores habian pagado con su sangre propia. Estos dos acontecimientos se sucedían á un año de diferencia, pues que el nombre de Diocleciano fué inscrito en los fastos del imperio el año 284. Tal vez puedan atribuirse al parentesco del papa y del emperador los catorce años que mediaron entre el advenimiento de Diocleciano al trono y la décima persecucion general, que mandó mas tarde contra los cristianos. No quiere decir esto que se haya pasado tranquilo para los cristianos todo este intervalo; porque los edictos de Aureliano aun no se habian revocado, y era mirada como secta enemiga del imperio la religion de Jesucristo, de cuya persecucion se honraban los gobernadores. Por otra parte, Diocleciano se habia asociado al imperio un hijo de un pobre menestral de la Panonia, el cual bajo el nombre de Maximiano Hércules se vió creado á la vez César, pontífice soberano y dios. Diocleciano se reservó el Oriente y dejó el Occidente al nuevo César. Este último profesaba el odio mas encarnizado contra los cristianos, y no perdía ocasion de perseguirlos: no podían faltar mártires á su crueldad.

20. La Iglesia de Roma contaba entonces entre sus mas

fervorosos fieles un oficial distinguido del ejército imperial, capitán de una compañía de guardias pretorianas, llamado Sebastian, natural de Narbona en las Galias. Visitaba este los cristianos encarcelados por la fe, les ayudaba con su crédito é influencia, animaba á los flacos, y exhortaba á los paganos, que convertía en gran número á la religion cristiana, con sus ejemplos y su palabra. El prefecto mismo de Roma, llamado Cromacio, toda su familia, sus clientes y esclavos, todos en número de mil cuatrocientas personas, recibieron el bautismo por sus diligencias y celo. La casa de Cromacio era como un templo, en donde el papa san Cayo celebraba los sagrados misterios, y distribuía á estos neófitos el cuerpo de Jesucristo y el pan de la palabra evangélica. Los progresos del cristianismo hacían sombra á Maximiano Hércules. Para evitar una persecucion abierta, Cromacio, á quien retenía en Roma su cualidad de senador, pidió y obtuvo del emperador, so pretexto de restablecer su quebrantada salud, el permiso de retirarse en sus posesiones de la Campania. Llegado el dia de la separacion, Cayo vino por la última vez á ofrecer el santo sacrificio en aquella casa bendita. Tomando en seguida la palabra, dijo: « Nuestro Señor Jesucristo, conociendo la fragilidad humana, » ha establecido dos grados entre los que creen en él, los » confesores y los mártires, á fin de que los que no se crean » bastante fuertes para sobrellevar el peso de una persecucion se retiren; y dejando la principal gloria á los soldados de Cristo, puedan al menos asistirles en sus combates. Los que gusten seguir á Cromacio y su hijo Tiburcio, » váyanse con ellos al retiro; los que tengan el valor del » martirio, que se queden conmigo en Roma. La distancia » no puede separar corazones unidos por la gracia de Cristo, y » si nuestros ojos no os pueden ver ya mas, estaréis continuamente presentes á las miradas interiores de nuestra alma. » Era Gedeon, no reservándose para el combate sino los mas bravos. Tiburcio le respondió: « Yo os conjuro, oh Padre y » Obispo de los obispos, no me mandeis huir de la persecucion: todo mi deseo es dar mi vida por mi Dios. ¡Ojalá

» pudiera ofrecerle mil. » San Cayo cedió llorando á las plegarias de este noble y heróico jóven, y la asamblea se separó : unos siguieron á Cromacio para la Campania, y otros se quedaron en Roma con el papa. San Sebastian fué uno de ellos. — Otro oficial del emperador, Cástulo, intendente de los baños, los recibió en el palacio mismo del emperador, en donde se creyó san Cayo mas seguro que en ninguna otra parte. Maximiano comenzaba en efecto á perseguir á los cristianos. Santa Zoe, señora piadosa que iba á rezar al sepulcro de san Pedro y san Pablo el dia de su fiesta, fué conducida presa al magistrado, el cual no habiendo podido obligarla á sacrificar á los dioses, la hizo colgar á un árbol por sus cabellos, y mandó encender á sus piés un fuego de estiércol que la ahogó. Se le ató en seguida al cuello una gran losa y la echaron al Tiber, « por miedo de que los cristianos no la hagan diosa », decian los paganos. Nicostrato, primer secretario de la prefectura de Roma, esposo de santa Zoe, Tranquilino, Claudio, Castor, Victorino y Sinforiano fueron prendidos como cristianos : el prefecto de Roma los hizo echar al mar todos. Tiburcio, el valeroso hijo de Cromacio, fué preso por la perfidia de un falso hermano pagado por la policia imperial para hacer papel de espía en las asambleas de los cristianos. ¡Cómo! decia Tiburcio á los magistrados, ¡porque no quiero adorar á una prostituta en la persona de Venus, al incestuoso Júpiter, al inmoral Mercurio, y á Saturno, el asesino de sus hijos, yo deshonro mi familia, yo soy un infame! Este héroe fué decapitado. Cástulo, el noble hospitalario de los cristianos, víctima de la misma traicion que Tiburcio, fué puesto al tormento y en fin echado vivo á un foso que llenaron de arena sobre su cuerpo. San Sebastian, con su uniforme de capitán de las guardias pretorianas, no habia cesado de visitar á los mártires y de animarlos en sus tormentos, y aun de recoger sus restos mortales. Maximiano Hércules, que habia mandado todos estos suplicios, acababa de pasar á las Galias para combatir una formidable insurreccion de los Bagaudas, paisanos de la Bélgica, que comenzaban una guerra muy semejante á las de los paisa-

nos de Francia en la edad media. Hase dicho, mas sin pruebas, que Eliano y Amando, sus jefes, eran cristianos. Las excesivas contribuciones de los gobernadores romanos habian armado estas legiones rústicas contra sus inexorables dueños. Por ausencia de Maximiano Hércules, fué delatado san Sebastian á Diocleciano mismo, como fautor de las impiedades cristianas. El capitán de las guardias compareció pues ante el emperador, que le echó en cara el pagar con ingratitud sus propios beneficios y el valerse contra el gobierno de la autoridad misma que habia este depositado en él. Sebastian respondió que no habia cesado de ser fiel á sus deberes y de rogar por la salud del príncipe y del imperio; pero que, desde mucho habia, reconociendo la locura de adorar dioses de tierra, habia dirigido sus plegarias al verdadero Dios, que está en los cielos, y á su hijo Jesucristo. Diocleciano, irritado de este lenguaje, hizo venir una compañía de ballesteros de la Mauritania, que servian entre sus guardias. Se desnudó á Sebastian, y los ballesteros le atravesaron con flechas de todos lados. Se le dejó por muerto en el mismo lugar. Irene, viuda de san Cástulo, vino por la noche á llevarse el cuerpo del mártir. Como respiraba aun, le transportó á su casa, al palacio mismo del emperador; y algunos dias despues, Diocleciano quedó espantado de hallar, en medio de los cortesanos puestos en fila á su paso en la escalera de honor, á Sebastian, su capitán de guardias. El emperador, furioso, le hizo conducir inmediatamente al hipodromo del palacio, en donde el santo mártir fué magullado y muerto con garrotes : su cuerpo fué arrojado á un albañal, de donde le sacaron los cristianos (año de 288).

21. El cristianismo lo habia invadido todo; hasta la guardia imperial. Maximiano Hércules ponía todo su cuidado en quitar de entre sus soldados todo género de propaganda cristiana, sobre todo en el momento en que marchaba contra los Bagaudas, cuyos jefes, con razon ó sin ella, se decia eran cristianos. Se detuvo, atravesando los Alpes, en una aldea llamada Octodura, hoy Martinach, en el Valais, para dejar algun descanso á sus tropas. Se juntó con él allí la legion Tebana, que Diocleciano

habia mandado venir del Oriente para reforzar su ejército. Esta legion, compuesta toda de cristianos, habia sido acantonada en Agauna, al pié del monte llamado hoy el Gran San Bernardo. Maximiano Hércules quiso emplearla como á las demás en ir en busca de los cristianos del país, á los cuales hacia morir. La legion Tebana se negó abiertamente á obedecerle en esta orden. Maximiano respondió á esta desobediencia haciéndola diezmar. Se pusieron en línea, al azar, todos los soldados que la componian en varias filas de frente. Los ejecutores fueron pasando contando los soldados, y cada décimo era decapitado. Lo que quedó de esta legion no obedeció tampoco á las órdenes de Maximiano. Se diezmó segunda vez la misma legion, pero sin mas resultado que la primera vez. El César, irritado, quiso mas comprometer el buen éxito y honor de sus armas que parecer ceder á lo que él llamaba terquedad de los amotinados. Sin aguardar respuesta á la exposicion que la legion habia hecho y enviado á Diocleciano, la hizo reunir toda en un vallejo que mandó cercar por sus tropas, é hizo asesinar en su presencia á toda esta muchedumbre de héroes, que se dejaron degollar por el nombre de Jesucristo, de quien eran soldados, antes que serlo del emperador.

22. El viaje de Maximiano Hércules al través de las Galias se parecia á una matanza general de los cristianos. A su paso por Marsella, un oficial cristiano llamado Víctor, habiendo rehusado delante del César sacrificar á los dioses, fué arrastrado por las calles, atado de piés y manos y expuesto á las injurias y ultrajes del vil populacho. Aplicado al potro, y echado en lo hondo de un calabozo subterráneo, Víctor convirtió á los soldados que le guardaban, y los hizo bautizar en la noche. Por la mañana siguiente estos nuevos cristianos fueron decapitados por orden de Maximiano en su presencia. Respecto de Víctor, se le colgó á una viga y se le azotó con nervios de buey, hasta que cansados ya los verdugos, le echaron moribundo á su mismo calabozo. Maximiano Hércules trató de vencer la paciencia del mártir con la duracion y diversidad de los suplicios. Tres dias despues le hizo traer á su presencia, mostrán-

dole unas trébedes sobre un altar portátil, y le mandó pusiera incienso en honor de Júpiter. Víctor se arrimó al altar como para obedecer, y de un puntapié derribó el altar y las trébedes. Furioso el emperador le hizo cortar el pié. Se le puso despues bajo la muela de un molino de brazos, que los verdugos hacian volver lentamente para quebrantarle poco á poco los huesos. Durante esta horrible operacion se rompió la máquina; mas para acabar pronto, Maximiano hizo cortar la cabeza á este cuerpo tan mutilado y herido: arrojaron la cabeza y el cuerpo al mar; pero las olas los trajeron á la orilla, y estos restos preciosos, recogidos por los cristianos, fueron depositados envueltos en una gruta tajada en viva roca.

23. Arles tuvo tambien su mártir célebre en san Ginés, escribano del tribunal proconsular, el cual no pudiendo decirse á copiar las injustas sentencias dictadas contra los cristianos, arrojó á sus piés las planchitas de cera en que escribia, se escapó y pasó á nado el Ródano. Alcanzado en la otra ribera, se declaró cristiano y pagó con su cabeza esta generosa y heroica confesion. — Cada paso de Maximiano estaba señalado con nuevas víctimas. Santa Fidelity, virgen, de Agda; san Caprasio, obispo de Agen; Tiberio, Modesto y Florencia, en Viena de Francia; Ferreol, tribuno militar y uno de sus soldados llamado Juliano, en Briouda; Vicente, Víctor y Oroncio, en Embrun; en Nantes, san Donaciano y Rogaciano, dos hermanos de ilustre nacimiento, fueron degollados despues de haber padecido todo género de tormentos. — La Bélgica fué sobre todo teatro especial de la crueldad de Maximiano Hércules, con horrible cooperacion, en sus proyectos sangui-narios, de Riccio Varo, gobernador de la Galia Bélgica, que comprendia parte de la Francia septentrional actual. Los principales mártires fueron: en Amiens, el obispo san Fermin, Victorico, Luciano y Genciano su huésped; en Augusta, capital del Vermandois (Picardía), ciudad despues arruinada, san Quintin; en Soissons, san Crispin y san Crespiano; en Tournay, san Piato, sacerdote; en Fismes, cerca de Reims, la virgen santa Mecra; en Louvre, cerca de Lutecia (Paris), san Justo ó

Justino; y en fin, un número infinito en Tréveris, residencia ordinaria de Riccio Varo. — El Oriente, aunque mas tranquilo, tuvo tambien procónsules que se señalaron por sus crueldades contra los cristianos. Lisias, gobernador del Asia menor, mostró allí la misma inhumanidad que Riccio Varo en el Occidente, y los dos nombres se adquirieron una tristísima celebridad en los martirologios de aquella época. Claudio, Asterio y Neon, Domnina y Teonila, los dos ilustres hermanos san Cosme y san Damian, médicos de la ciudad de Egeo en la Licia, padecieron martirio por sus órdenes.

24. Hacia el año 290, tomaba nacimiento en Egipto una nueva secta, cuyo autor se llamaba Hierax, de Leontópolis: era hombre de vida austera, de rígidas costumbres, no alimentándose de nada que hubiera vivido, y absteniéndose de vino. Parecíase á esa clase de espíritus exagerados en sus miras que pretendian imponer á todos los cristianos un género de vida, santo en sí mismo, pero al cual no todos son llamados. El rigorismo de sus principios le condujo á no ver en el cuerpo sino una emanacion del genio del mal, y bajo de este aspecto se semeja á los Maniqueos, entre los cuales le cuenta Baronio. Partió de esta base para negar la resurreccion de la carne, aplicando los textos mas formales de la Escritura á la resurreccion espiritual del alma. Condenaba el matrimonio, y no admitia á su comunión sino á las personas vírgenes, excluyendo á todos los demás del reino de los cielos. Desechaba tambien la doctrina de la Iglesia sobre los niños bautizados, muertos antes del uso de razon, y pretendia que no podian entrar en el cielo, ni ser coronados, pues que no habian combatido. Se encuentran además en sus escritos errores contra la santísima Trinidad, cuyo misterio, segun la marcha ordinaria de los herejes, queria explicar ó ilustrar con imágenes é ideas humanas. Y así, comparaba las tres personas divinas á tres torcidas encendidas en la misma lámpara y con el mismo aceite: lo que parece indicar una sustancia distinta en las tres personas. La regularidad de sus costumbres, la erudicion que desplegó en sus obras, arrastraron gran número de cristianos

á esta falsa doctrina, y cuando murió con la pluma en la mano, de edad de mas de noventa años, la secta de los Hieracitas era una de las mas considerables del Egipto. No se ve que la Iglesia le haya condenado antes del concilio de Nicea, que respondió victoriosamente, en particular á los errores sobre la Trinidad, con la magnífica y apropiada expresion: *Lumen de lumine*, aplicada á la generacion del Hijo de Dios.

25. En tanto que Maximiano Hércules multiplicaba los mártires para ahogar en su sangre la religion de Cristo, un famoso retórico de Suia, en la África proconsular, estudiaba en silencio esta religion tan perseguida. Entró en fin la verdad en su alma, que hasta entonces estaba tan sinceramente afecta al paganismo: él mismo confiesa ingenuamente que era idólatra práctico y de buena fe. « Cuando yo divisaba bandas » coloradas en el hueco de un árbol, ó piedras rociadas de » aceite, las adoraba y les suplicaba como si realmente tuvie- » sen una virtud secreta, y yo me dirigia muy gravemente á » un tronco. » Venció en fin la gracia, y Arnobio pidió el bautismo. Para prueba inequívoca de su conversion, no vaciló en quemar públicamente lo que habia adorado. Escribió pues, con vigoroso y enérgico estilo, siete libros contra la idolatría, en los que responde á todas las objeciones de los paganos contra la Iglesia. El escándalo de la Cruz arredraba sobre todo á los Gentiles. « Vuestro Dios, decian estos á los cristianos, » ha muerto en un patíbulo. — Y ¿qué importa? responde » Arnobio: Pitágoras fué quemado vivo; Sócrates condenado » á beber la cicuta; Régulo pereció con el mas cruel suplicio; » y ¿han quedado deshonrados por ello? El delito es lo que » constituye la infamia, mas no la pena. — Habeis hecho de » Baco un dios, porque ha enseñado á los hombres el uso del » vino; de Céres una diosa, porque trajo el uso del pan. » ¿Qué honores no merecerá pues Jesucristo, aun cuando » solo fuera un hombre, por haber traído al mundo la ciencia » mas necesaria al género humano, y habernos enseñado á » conocer á Dios, al mundo y á nosotros mismos? Pero Cristo » no es un hombre; Jesucristo es Dios, Dios sobre todas las

» cosas, Dios por la raíz de su ser. Lo repito, á pesar de vuestra sonrisa é injurias, y aun cuando no tuvierais ya oídos para oírlo, Jesucristo es Dios, Dios apareciéndoseos bajo la forma de un hombre. Teneis vosotros la prueba mas convincente é incontestable á vuestros ojos mismos. Mirad en cuán poco tiempo se ha esparcido esta religion por toda la tierra. ¿Hay nacion tan bárbara que no la haya dulcificado ella? ¿que no haya sido civilizada por ella? Considerad esa muchedumbre de hombres de ingenio, oradores, gramáticos, jurisconsultos, filósofos, que solicitan sus lecciones, y abjuran por ella las creencias de toda su vida. Cuanto mas multiplicais las amenazas y suplicios contra esta religion, mas se aumenta ella. Os servís de verdugos, de garfios de hierro para estorbar que crean; y estos garfios de hierro y estos verdugos son un nuevo atractivo para creer en Cristo, y preferir su doctrina á todos los bienes del mundo. ¿No veis en eso que el dedo de Dios está allí? — Os mofais de nuestra credulidad, de la propension á aceptar la fe. Pero yo veo que todo en el mundo comienza por la fe. Vosotros mismos, en el orden intelectual, dais fe á las palabras de tal ó tal filósofo. Nosotros tenemos fe en Cristo, porque ha probado con milagros patentes é irrefragables su divina mision, la verdad de su doctrina. Y vuestros filósofos, decidnos ¿qué milagros han hecho? ¿Quién hay entre ellos que con sola su palabra haya calmado tempestades, haya vuelto la vida á los muertos y dado la vista á los ciegos? — Toda la obra de Arnobio está sembrada de semejantes rasgos. Escribia en el primer fervor de su conversion, y cuando solo era aun catecúmeno y poco instruido en las verdades de la fe. Esta circunstancia explica porqué se encuentran en su obra algunas inexactitudes y aun algunos errores que no se ha tenido por prudente echar en cara al autor por causa de su situacion particular. La mayor gloria de Arnobio ha sido la de haber tenido por discípulo á Lactancio, á quien se llamó el Ciceron cristiano.

26. No se creia Diocleciano bastante robusto para sobrellevar, aun con la ayuda de Maximiano Hércules, el peso de un

imperio disputado de todas partes por los Bárbaros: se resolvió pues á crear dos nuevos Césares para colocarlos sobre las fronteras, y fiar á su cuidado la guardia del Rhin y del Danubio. Los nuevos señores del mundo, á quienes llamaba al trono la voluntad de un esclavo coronado, eran Constancio Chloro y Galerio. El primero repudió á la princesa Helena, de la cual habia tenido un hijo, que fué despues Constantino Magno, para casarse con Teodora, hijastra de Maximiano Hércules. Se ve ya entre esos nombres de los perseguidores de la Iglesia alborear los destinos con que un dia se enlazaria la victoria de la Iglesia. — Galerio casó con Valeria, hija de Diocleciano; y era un César mas bien bárbaro que romano. Su madre, esclava venida del otro lado del Danubio, le habia dado todo el tipo de las naciones salvajes de la Dacia. Su estatura era colossal; la mirada, la voz, el gesto, sus ademanes, todo era terrible. Los cuatro nuevos Césares se establecieron, Diocleciano en Nicomedia, Maximiano en Roma, Constancio Chloro en la Gran Bretaña, y Galerio en Tréveris.

27. Para consolarse Diocleciano de la particion del imperio, modeló su corte sobre las magnificencias de la del gran rey. Se dió á sí mismo el dictado de *Júpiter*; en lugar de la corona de laurel, ciñó sus sienes con la diadema, y añadió á su manto de púrpura un vestido de oro y seda. Todo el que habia de presentarse ante su acatamiento tenia que postrarse y adorarle. Se hizo dar el tratamiento de *Vuestra Eternidad*, título que tuvieron gran empeño en conservar sus sucesores, á pesar de que pasaban como sombras. Sin embargo, permitia el que los cristianos pudiesen acercarse muy desahogadamente á su persona. Muchos de ellos ocupaban puestos importantes, tales como Doroteo, Gorgonio, san Pedro y Luciano, el cual era mayor-domo ó gentil-hombre de palacio. Conservamos aun las instrucciones que dirigia á este último san Theonas, obispo de Alejandría, y que no son la página menos interesante de la historia eclesiástica de esta época. Es digno de notar cómo la Iglesia por voz de sus obispos mandaba á sus hijos la obediencia, respeto, celo y afecto á los príncipes, en cuyo nombre era

perseguida la religion. San Theonas exhorta al gentil-hombre y á todos los oficiales cristianos á congraciarse con su señor por la regularidad y presteza de su servicio, y al mismo tiempo con la jovialidad y amor de su carácter, « para que, dice, el so- » berano, cansado de los negocios del Estado, encuentre gozo » y descanso en la mansedumbre, exactitud, paciencia, amabi- » lidad y franqueza de sus criados. Se han de mirar sus órde- » nes, cuando no vayan contra Dios, como órdenes de Dios » mismo. » No quiere que por dinero ni por ninguna otra influencia interesada den malos consejos al príncipe, ni vendan su crédito ó hagan prevalecer la injusticia. Les recomienda mucho evitar rivalidades, odios, envidias, disputas é intrigas; no mezclarse nunca en cosas de los partidos que se disputan la influencia en las cortes y tribunales, y malgastan el tiempo en cuestiones de vanidad personal, empleando su talento en necesidades, en lugar de hacerlo en pro del bien público. Les exhorta á mostrarse afables, prontos á prestarse servicios, á tener miramiento con los hombres de mérito, y valerse en fin de su influencia para bien de todos. El cristianismo habia hecho tantos progresos en la corte de Diocleciano, que la emperatriz Prisca y su hija Valeria recibieron el bautismo, y Constantino, educado ó criado en lo interior de palacio, aprendió y se acostumbró á amar la piedad cristiana, de la cual hizo mas tarde tan sincera profesion.

28. El 22 de abril de 296 murió el papa san Cayo, despues de haber gobernado la Iglesia durante doce años. Confirmó por decretos el uso de que los clérigos pasasen por los siete grados inferiores de la Iglesia, durante cierto tiempo, antes de poder ser instituidos obispos. San Cayo ha merecido los elogios de la antigüedad por su tino y celo en el gobierno durante época tan espinosa: tuvo una prudencia y virtud sobrenatural: su cuerpo fué depositado en el cementerio de Calixto.

## CAPITULO XIV.

### SUMARIO.

§ I. SAN MARCELINO, PAPA (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. Eleccion del papa san Marcelino (30 de junio de 296). — 2. Galerio comienza la persecucion. — 3. Cisma de los Melecianos. Concilio de Elvira, ó Iliberitano. — 4. Décima persecucion general bajo Diocleciano (303). — 5. Cuadro general de la décima persecucion. — 6. Mártires de la casa del emperador. Los sofistas. Hierocles. — 7. Mártires del Oriente. — 8. Mártires del Occidente. — 9. Martirio del papa san Marcelino (24 de octubre de 304).

§ II. VACANTE DE LA SANTA SEDE ROMANA (21 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. Continuacion y fin de la persecucion de Diocleciano en Occidente. — 11. Martirio de san Ginés. — 12. Abdicacion de Diocleciano. — 13. Maximino Daya. — 14. Continuacion de la persecucion en el Oriente. — 15. Conciliábulo de obispos *traidores* en Cirta. Cánones de san Pedro, patriarca de Alejandría.

§ III. SAN MARCELO, PAPA (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Eleccion del papa san Marcelo. — 17. Constantino proclamado emperador por las legiones de la Gran Bretaña. — 18. San Metodio, obispo de Tiro. — 19. San Antonio. — 20. Muerte del papa san Marcelo.

§ IV. SAN EUSEBIO, PAPA (2 de abril de 310-26 de setiembre de 310).

21. Eleccion, destierro y muerte del papa san Eusebio.

§ V. VACANTE DE LA SANTA SEDE ROMANA (26 de setiembre de 310-2 de julio de 311).

22. Últimos crímenes y suplicio de Maximiano Hércules. — 23. Edicto de Galerio, favorable á los cristianos. Muerte de Galerio. — 24. Libertad de los presos cristianos en Oriente.

§ VI. SAN MELQUIADES, PAPA (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Eleccion del papa san Melquiades. — 26. Cisma de los Donatistas en Cartago. — 27. Maximino Daya trata de renovar la persecucion, á pesar de los edictos de Galerio. — 28. Guerra entre Constantino y Maxencio. El Lábaro. Victoria de Constantino. — 29. Edicto de Constantino proclamando la religion cristiana religion del imperio. — 30. Concilio de Roma, en el palacio de Letran, contra los Donatistas. — 31. Muerte del papa san Melquiades. — 32. Fin de la primera época de la historia eclesiástica.

§ I. SAN MARCELINO, PAPA (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. El 30 de junio de 296, Marcelino, sacerdote de Roma, fué dado por sucesor á san Cayo. Teodoreto hace de este papa